

Así son (y así están) nuestras rutas turísticas: Mar Menor

La ruta del Mar Menor es itinerario de fin de semana completo, que no de un día. LA VERDAD lo ha comprobado. Tanto la pequeña albufera, como La Manga, o las pintorescas localidades costeras, amén de La Unión y sus minas, y para postre Cartagena, son imposibles de ver y disfrutar como se merecen. Además, está el problema añadido

del intenso tráfico que en estas fechas soportan las insuficientes y peligrosas carreteras de la zona. Quizá por eso, para no aguantar el aluvión de veraneantes, los lugareños desaparecen como por arte de magia. En estas fechas hay que saber buscarlos. Y no olvidar monumentos tan dejados como el Monasterio de San Ginés de la Jara. Ni, para

jornadas posteriores, atracciones tan sonadas como la Semana de la Huerta o el Festival del Cante de las Minas. El baño y el pescado fresco de la zona completan la doble jornada turística, con el añadido nocturno de los mil y un escondites discotequeros que permiten prolongar la jornada nocturna hasta la hora del desayuno.

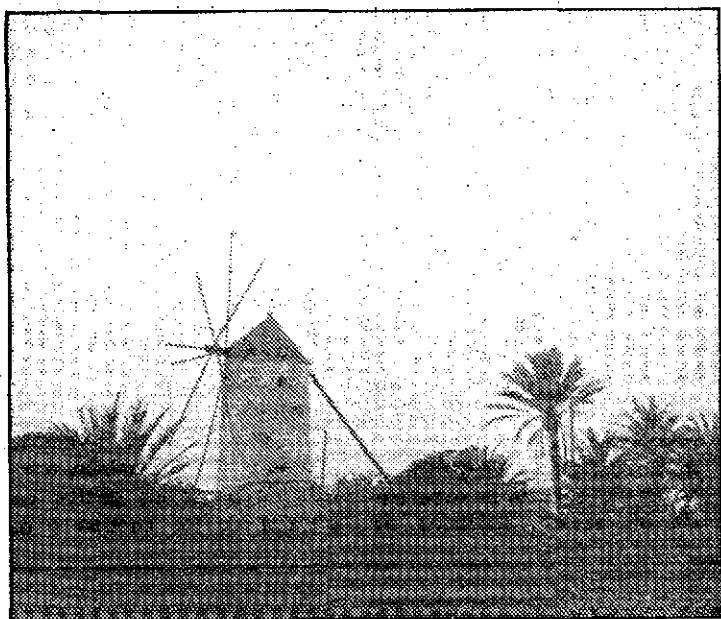
Donde el turismo espanta a los lugareños

ANTONIO LOPEZ

Lo que Turismo propone en su guía es encaminar los pasos del viajero hacia San Pedro del Pinatar, luego a San Javier, Los Alcázares, Los Urrutias, Los Nietos, Cabo de Palos y Cartagena, para regresar a Murcia, punto de partida. Demasiado para el cuerpo, en un solo día. Porque, además de lo sabido y reseñado, hay que ir descubriendo rincones ocultos. Y adentrarse en La Manga, claro, siquiera sea para ver despacio esos molinos abandonados, vigías silenciosos que parecen cobrar vida propia, con un manto de sombras, al caer la noche.

La ruta ideal impone una salida madrugadora, no sólo para evitar el tráfico sino también el calor. Desayunar jamón y Jumilla en cualquiera de las ventas del Puerto de la Cadena. Es la ya popular «vitamina jota», ayuda más que necesaria si el viajero se muestra animado —mucho ánimo hace falta, la verdad— para conocer «in situ» el castillo árabe —las ruinas, digo— de las inmediaciones del lugar.

La empinada subida, a pie monte arriba, tiene sus compensaciones en el maravilloso panorama que se divisa a lo alto, con todo el campo de Cartagena y el Mar Menor a los pies de uno. Luego, tras coger el desvío de San Javier hay que llegar a Balsicas, y no cruzar el paso a nivel, porque la estación ferroviaria ofrece un ambiente decadente y romántico.



Los molinos, una imagen para el recuerdo.

Un poco antes está el desvío a Roda, lugar de perfecta ambientación barroca, con la iglesia y casa-palacio como centros de interés. Alcanzado San Javier hay que asomarse a la Pescadería de La Ribera, y probar los pescaditos y calamares a modo de aperitivo. Luego, como el calor ya aprieta, se impone coger el bañador y elegir entre las numerosas playas del lugar, aún a sabiendas de que habrá que buscarse un hueco entre la marabunta humana que todo lo invade.

Para comer, el binomio calidad-precio está perfectamente conjugado en la Casa del Mar de San Pedro del Pinatar. El «café-

ro», o la dorada a la sal no defraudarán. Tampoco el precio, claro. El café, en el bar que hay junto a las salinas, con la playa de La Llana como parte fundamental de un precioso paisaje.

Pinatar y Los Alcázares ya existían en el XIII. Y cuenta Alfonso XI en su «Libro de Monterías» que en Cabo de Palos había robles y encinas, en un bosque que llegaba hasta la playa. Y el Infante don Juan Manuel informa en su «Libro de la Caza» que en la isla Grosa había cantidad de venados, y asegura que el mismísimo Cabo de Palos era zona ideal para la caza del jabalí en invierno, e incluso para abatir algún corzo o



Atardecer pesquero en el Mar Menor.

gamo. ¡Qué tiempos!

Al caer el sol, se pone rumbo a Cabo de Palos y La Manga, con parada obligatoria en la Torre del Negro, en estado de conservación tan lamentable como el propio monasterio de San Ginés de la Jara, ruina casi inminente y presa del increíble abandono a que le obligan nuestras autoridades culturales. Eso sí, se salva el frondosísimo huerto de limoneros, que invita a permanecer un poco más en el lugar para cruzar luego la carretera hacia la Venta de San Ginés y, al lado, comprar melones por canastos, que no por piezas. O, aún menor, practicar la «sana» costumbre del lugar: robarlos,

que parece lo típico. El paso por Los Nietos y Los Urrutias sabe a poco, sobre todo en comparación con años atrás.

El plan de regeneración de playas he hecho de las suyas y en el recuerdo surge el viejo Club Náutico de Los Nietos, de maderas verdes y blancas... Ya el griego Estrabón llamó «laguna» al Mar Menor, y fijó sus dimensiones en aquel entonces: 400 estadios. Al cambio, unos 74 kilómetros. El pirulí de Cabo de Palos, el faro, sólo puede ser visitado si subes andando. Un cartel lo recuerda.

Continúa en la siguiente

RESIDENCIA
DOS PLAYAS

realizado

BANCO EXTERIOR
DE ESPAÑA



baños, 1
telf. 214881 - 214773
murcia 30004

j. martínez arce, s.a.